

Elías Díaz, en su colaboración «la Institución Libre de Enseñanza y el Partido Socialista Obrero Español», da un repaso a muchos de los tópicos que suelen adornar los dichos sobre el particular. Dirigiéndose ora a quienes identifican ambas instituciones o a quienes las enfrentan, Elías Díaz precisa las diferencias y el peso del institucionalismo en el PSOE, sin que haya que olvidar la presencia de otras «tradiciones», particularmente la marxista. Lo que no parece tenerse en pie es la afirmación de que al krausismo español haya que reducirlo a un talante liberal, con elevadas cotas de honradez y austeridad y exclusiva preocupación por la educación. Ese talante ilustrado está orquestado, en el krausismo, dentro de un sistema filosófico cuya calificación de «idealista» no excluye ni la concepción (reformista) de la sociedad ni una completa visión del mundo.

Sólo así se explica que de aquella inspiración nacieran no sólo una generación de maestros cuya vocación pedagógica parece hoy un anacronismo dinosaurio (compárese sino las reivindicaciones actuales del gremio, que van del corporativismo al aseguramiento del puesto de trabajo), sino también la creación del Instituto de Reformas Sociales y otras iniciativas de reformismo social.

Para tiempos como los que ahora corren en los que se ha puesto de relieve la trascendencia de la relación entre ética y socialismo no viene mal volver a las fuentes éticas del socialismo español, no sea más que para recordar que la fuerza de ese binomio sólo es operante cuando se ubica en el contexto más amplio de una filosofía.

¹ AA.VV. Reivindicación de Krause (Fundación Friedrich Escri, 1982).

MILITARISMO: ENTRE LA CRISIS Y LA PATOLOGIA

Miguel Porta

Vicenç Fisas Armengol es uno de los más destacados y serios especialistas de que dispone nuestro país en materia de militarismo, conflictos internacionales y polemología. Es miembro del IPRA (International Peace Research Association) y coordinador del Departamento de Estudios de la Paz y de los Conflictos del CIDOB (Centro de Información y Documentación Internacional de Barcelona). Ha publicado *Centrales nucleares: imperialismo tecnológico y proliferación nuclear* (1978), *El poder militar en España* (1979), *Despilfarro y control de la energía* (1981) y *Crisis del militarismo y militarización de la crisis* de reciente aparición (I), obra que vamos a reseñar brevemente.

En la obra de Fisas —que merece ser leída aunque sea tan sólo por el caudal de datos que aporta— se define el militarismo, acertadamente, como aquel fenómeno dinámico y adaptable a las diversas coyunturas en el espacio y en el tiempo que se constituye en «modelo general de desarrollo nacional e internacional en el que las dimensiones económicas, políticas y culturales de la vida son progresivamente dominadas por la guerra,

las preparaciones a la guerra y el *condicionamiento de la vida pública en función de las prioridades militares*, sea en el campo de la estrategia, de la defensa armada o de la industria bélica». Pues bien, una vez realizada la premisa básica de definir correctamente el militarismo, nuestro autor sostiene una doble tesis: por un lado el militarismo (y la carrera de armamentos) está cada vez más presente en el entramado político-social cumpliendo la función de vertebrador y perpetuador del sistema capitalista; por otro, el militarismo ha entrado en crisis y contradicción consigo mismo por mor del nivel destructivo que ha alcanzado.

Por lo que respecta a la primera tesis, el militarismo (con el relanzamiento de la carrera de armamentos) es quizá la única forma de mantener el sistema internacional de dominación vigente. Esto es, el militarismo se convierte en una auténtica *tecnología de la represión* que mediante la proliferación de los conflictos armados (especialmente en la periferia del sistema) se erige en arma ofensiva siempre presta a eliminar cualquier intento o proyecto de independencia económica, política o social. En otros términos: el Nuevo Orden Económico Internacional (es decir, la superación capitalista de la crisis) se sirve del militarismo (militarización *dependiente* de los países «amigos» del Tercer Mundo y de las relaciones internacionales) para asegurar que los países subdesarrollados y los llamados «nuevos países industrializados» sigan siendo los «centros regionales del imperialismo» que permitan al capital seguir su irresistible y planetaria expansión aportando materias primas, mano de obra barata y disciplinada, vías de comunica-

ción, etc. ¿Queda, a la vista de la realidad presente, algún ingenuo que crea en la militarización como Doctrina de la Seguridad Nacional?

Ahora bien, segunda tesis de Fisas, el militarismo (y la guerra como su expresión) entraría en crisis y contradicción debido al alto nivel destructivo alcanzado por la tecnología militar. En efecto, la guerra ha entrado en una dinámica patológica que hace que pierda por completo aquella función social reguladora o de continuación de la política por otros medios; y ello porque la tecnología de la destrucción ha alcanzado ya el *overkill* o capacidad de destruir varias veces lo existente. ¿Qué sentido tiene poner en marcha un aparato destructivo que en lugar de conseguir el dominio sobre el enemigo acaba por destruir todo lo existente? ¿Quién, por cuanto tiempo y en qué condiciones podría sobrevivir a una confrontación nuclear como la que nos amenaza? Una guerra generalizada sólo puede conducir al exterminio de la humanidad: de ahí su patológica falta de sentido y su contradicción.

Frente a esta preocupante situación que amenaza con la existencia de hasta la propia vida en la superficie del planeta, Fisas se muestra partidario de un *desarme general y completo* que, por supuesto, no descarta las medidas intermedias de limitación y reducción de armamentos. El desarme general y completo por el que aboga Fisas —basado en la Resolución 722 (XVI), de 20 de diciembre de 1961 de la ONU— debe comprender medidas tales como: licenciamiento de las Fuerzas Armadas; cese de la producción de armamentos; liquidación de establecimientos militares; li-

quidación y eliminación de los «stocks» de armas nucleares, químicas y otras de destrucción masiva, etc. A todo ello habría que unir una serie de veintiún puntos propuestos por Fisas, entre los cuales cabe destacar una educación para el desarme, un centro de investigaciones de la paz, libertad de expresión para los militares, derecho de sindicación para los soldados, desobediencia civil, etc.

Ciertamente las medidas propuestas por Fisas pueden parecer utópicas (y de hecho lo son) pero, a la postre, y como él mismo dice, no contribuir al desarme general equivale, en la práctica, a fomentar el rearme con todas las amenazas que ello conlleva.

¹ Vicenç Fisas Armengol: *Crisis del militarismo y militarización de la crisis*. Fontamara. Barcelona, 1982. 170 págs.

ESCRITO EN UN DOLAR

Carlos B. Aguinaga

A mediados de los años sesenta quedó liquidado el realismo social que tan ambigüamente había comenzado con *El Jarama* (1957). Ninguna obra literaria por sí sola fue responsable del cambio, pero la aparición en 1962 de *Tiempo de silencio* ha de considerarse decisiva. De golpe —y por fin— aparecen en esta novela planteamientos técnicos,

formales, de los que sólo por la represión de la Dictadura y sus censuras se había mantenido alejada la narrativa española: un modo de montaje ya distinto al de *La colmena*, un monólogo interior ya no decimonónico, cruces temporales y de personas narradoras, en fin: todo lo que Joyce, Faulkner y tantos más hicieron en su día necesario, imprescindible para un nuevo arte de novelar.

Poco después de *Tiempo de silencio* —muy poco después— el susto gozoso que se pegan los lectores españoles con el estallido del «boom» hispanoamericano será el golpe de gracia que hará que unos y otros se decidan por el abandono de un realismo al que empiezan a calificar de «realismo de la berza». Como, además, un novelista catalán descubre que un poeta francés había dicho que la poesía no se hacía con ideas sino con palabras, se deduce, ¡y por qué no!, que la novela ha de ser como se decía ya que había de ser la poesía: ni ideas, ni sentimientos, ni contenidos sociales: la realidad es el lenguaje. Y así, en el momento justo en que se inicia el desarrollo económico —cuando empiezan a desaparecer paulatinamente las chabolas según aparece el seiscientos— la narrativa española entra por la vía de eso que acabó por llamarse *la escritura*. Se acabaron las piquetas, las minas, los andamios en la fachada y todos los posibles cacereños. Y, ¿quién iba a oponerse si López Salinas estaba tan ocupado con la organización clandestina de su partido, si Ferres tira el arpa marchándose a los Estados Unidos, y si Juan García Malo, el personaje de nuestra novela, deja el arte de Cervantes y se dedica a la publicidad? Parecía que no había más que hablar, y de